

Horizontes de la cultura

Cocteau autor de Cocteau

por
Diego Mirán

20/10/63 p. 7

Cuando uno piensa en Jean Cocteau no puede asociar su nombre a un título fundamental, a un libro en el cual estén él, o su obra y su estilo, tal cual fueron y quizá son. Un caleidoscopio de textos poéticos, en el que aparecen los casuales sortilegios del cine y la pintura, la crítica y el ensayo, la conducta y la opinión, se mueve en la memoria de quien se refiere a este personaje de las letras francesas contemporáneas. Escribo "letras" como si se tratara de una república aparte, unida a la vida tan sólo por un canal, irrigada apenas por los hechos trágicos y triviales de todos los días.

La razón por la que no se puede pronunciar el nombre de Cocteau de manera que aparezcan con él creaciones concretas, unidas a su personalidad indefectiblemente (tal como si digo Rabelais sobreviene "Gargantúa y Pantagruel", o como si menciono Flaubert evoco sin esfuerzo "Madame Bovary", o como si pienso Camus no prescindo de "El Extranjero"), es que, a fuerza de ser todo en el campo de la creación, ha resultado él mismo o su fantasía su obra más representativa. Cocteau a la postre escribió a Cocteau.

Su poética fue tan imprecisa como los frutos de su trabajo literario:

Accidentes del misterio y errores de los cálculos celestiales, de eso aproveché, lo confieso.

Toda mi poesía está ahí: Calco lo invisible (invisible para vosotros).

Me dicho: "Inútil gritar: ¡Manos arriba!" al crimen disfrazado de costumbre inhumana; he dado contorno a los encantos informes, de las trampas de la muerte la traición me

(informa;

he hecho ver, arrojando mi tinta azul sobre ellos, a los fantasmas de pronto convertidos en árboles (azules.

Un sumario análisis de esta teoría del poema nos ilustra acerca de la poesía de Cocteau. En primer término, proclama un premeditado aprovechamiento de lo inaprensible pero únicamente como un recurso para elaborar una secuencia de imágenes tan inaprensibles como su motivación. Luego, es calco de lo invisible (de lo invisible para el lector) implica un subjetivismo casi sistemático, una suerte de prestimano reservada a quienes aceptan el modo personal cómo el poeta da perfil a lo informe. Por fin, inutilidad de cualquier desafío al peligro; más bien, rechazo arrogante y hábil de él. Hacer de los fantasmas —de los temas— árboles, mediante la palabra; fijar en tinta la irrealidad, teñir consigo mismo el mundo, tal ha sido, tanto, en sus creaciones poéticas cuanto en las cinematográficas, el propósito de Jean Cocteau. Falto el compromiso con el espíritu, con la existencia.

Ultimamente, no por azar, su nombre había decaído enormemente. El juego había envejecido y, con él, el público para el cual este agitador intelectual de la entreguerra produjo encantamientos verbales, fuegos de artificio, imágenes que el brillo propio consumió. Formular un pronóstico sobre el destino de una obra literaria es una imperdonable pedantería, pero puede decirse, sin ánimo de profecía, que antes de morir Cocteau ya había elegido su lugar entre los cuarenta inmarcesibles miembros de la Academia Francesa. Habrá pues que buscarlo, en adelante, en las historias de la literatura y en los diccionarios, no en el corazón de los lectores como a Villon, como a Baudelaire, como a Michaux.